

**STEFAN BOLLMANN**

# **MUJERES Y LIBROS**

**UNA PASIÓN  
CON CONSECUENCIAS**

Prólogo de Lola Larumbe Doral



Seix Barral



**Seix Barral** Los Tres Mundos

---

# **Stefan Bollmann**

## Mujeres y libros

Una pasión con consecuencias

Prólogo de Lola Larumbe Doral

Traducción del alemán por  
María José Díez Pérez

---

Título original: *Frauen und Bücher*

© Deutsche Verlags-Anstalt, una división de Random House GmbH,  
Múnich, Alemania, 2013

© por el prólogo, Lola Larumbe Doral, 2015

© por la traducción, María José Díez, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-322-2482-9

Depósito legal: B. 7.864-2015

Composición: Átona - Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L., Barcelona

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

1

MAGDEBURGO Y ZÚRICH, 1750

*La invención de la lectura de poesía*

Friedrich Gottlieb Klopstock estaba marcado por su apellido. Al oír «Klopstock» —vara—, a sus compañeros del internado de Schulpforta les venía sin querer a la memoria el correctivo que caía sobre ellos con desagradable regularidad, y le pagaban burlándose de él. Quizá fuera esa humillación la que hizo que el alumno empezara a soñar con llegar a ser el mayor poeta de habla alemana, cuyo nombre estuviera en boca del país entero. El anciano Goethe no olvidará mencionar en su biografía, que aparecerá casi un siglo después, lo mucho que sorprendía que «un hombre tan insigne pudiera tener un apellido tan peculiar». Sin embargo, la magnífica poesía que nació en la cabeza de este hombre consiguió que el significado de su apellido cayera en el olvido. *Klopstock* pasó a ser sinónimo de una nueva relación entre leer y vivir, de entender la vida siguiendo el ejemplo de la literatura. En *Las desventuras del joven Werther*, novela publicada en

---

1774, sólo hace falta pronunciar este nombre para que la joven y el joven, enardecidos por el baile mientras fuera azotada una tormenta nocturna, se abran el corazón mutuamente.

El que así se llamaba era un *poète à femmes*, y sin ser ningún casanova, sí era un hombre que amaba a las mujeres y sabía enamorarlas con sus poemas. Las lecturas en grupo de Klopstock, que si el tiempo acompañaba también se celebraban al aire libre, entre 1750 y 1790 constituían el método idóneo para iniciar una relación amorosa. Klopstock era el perfecto casamentero; sus lecturas suscitaron numerosos lazos amorosos y matrimoniales. Tan sólo los lectores no familiarizados con la literatura alemana seguían quedándose perplejos con la palabra. ¿Klopstock? Una lectora polaca de *Werther*, la princesa Lubomirska, la buscó en vano en su diccionario, pero fue su cocinero alemán quien le aclaró con presteza su significado: *klopstock* era una especie de rosbif sumamente delicado que en realidad debía llamarse *klopffleisch* si se hablaba un buen alemán. La princesa le contó esta anécdota a una visita alemana, la escritora Elisa von der Recke, en noviembre de 1803; Klopstock, nacido en 1724, había muerto hacía algunos meses. A medida que la estrella del poeta se apagaba con el paso de las décadas, la gente volvía a recordar el significado literal de su apellido. En 1844, Heinrich Heine hace rimar a la diosa protectora de la ciudad de Hamburgo, Hammonia, en *Alemania. Un cuento de invierno*: «Ahí ves el busto de Klopstock. A mí, / antes me guiaba su norma. / Ahora sólo puede servir / para mis cofias de horma». El que fuera el poeta de las jóvenes ya no era archiconocido, y menos aún, su nombre, una consigna de enamorados.

---

Klopstock empezó a escribir poesía en el internado. En el estricto horario de la institución educativa era el sustituto del escaso ejercicio físico que tanto le gustaba, pues había crecido en el campo y solía andar a su aire: daba paseos por la zona, se bañaba en lagos, y siempre estaba dispuesto a cometer temeridades. La poesía de Klopstock pide ser leída en alto, pide ser declamada; proporciona movimiento al espíritu y a la voz. Tanto su autor como sus oyentes se despojaban con ella de las presiones del saber institucionalizado y también de las convenciones de la buena conducta burguesa. Lo mismo se puede decir de su obra principal, *El Mesías*, una celebración de la redención de la humanidad cuyo origen se halla en la épica heroica y que Klopstock concibió en el internado. Tres años después, cuando estudiaba Teología en Leipzig, se publicaron anónimamente los tres primeros cantos de *El Mesías* en la revista *Neue Beyträge zum Vergnügen des Verstandes und Witzes* [*Nuevas contribuciones al placer del intelecto y el ingenio*]. Klopstock invirtió veinticinco años en el gran poema épico, compuesto por veinte cantos y con más de veinte mil versos, y a decir verdad no llegó a terminarlo; siguió puliendo el texto y efectuando cambios hasta una edad avanzada. Le interesaba menos el resultado que el proceso creativo en sí. Y éste no se llevaba a cabo en la habitación del erudito, sino continuamente, en particular cuando el poeta se encontraba en movimiento, fuera el que fuere: a caballo, en coche, en sociedad, practicando su amado patinaje sobre hielo, deporte de moda por aquel entonces. El brío, la agilidad, el balanceo y el dinamismo del patinaje sobre hielo se reflejan en el metro y el ritmo de su poesía. Y así debían ser acogidas sus obras por el público, no en una lectura contemplativa, solitaria y si-

---

lenciosa, sino en compañía de otra persona o en grupos de personas afines y en armonía, recitadas con claridad, a poder ser al aire libre, yendo arriba y abajo.

El joven Klopstock, enamorado de su prima Marie, no establecía grandes diferencias en su *Mesías* entre el amor a Dios y el amor erótico. Para él, ambos eran sagrados, y el amor correspondido por parte de una muchacha casi era una prueba de la existencia de Dios. De manera que no es de extrañar que cayera en una profunda desesperación cuando no pudo por menos de percibir que su bien situada prima desdeñaba ligeramente al poeta sin fortuna. «Ah, dá-mela, a ti te es fácil dár-mela, dásela a este corazón tembloroso, amedrentado», suplicaba Klopstock en 1748 en una larga oda «An Gott» [«A Dios»]. Cuando esta oda se publicó tres años más tarde, el racionalista Gotthold Ephraim Lessing comentó en una reseña en tono marcadamente prosaico: «Qué osadía, suplicar tan seriamente por una mujer».

Sin embargo, a juzgar por los sentimientos de Klopstock, estaba en juego prácticamente todo: no sólo su capacidad de amar, sino también su vocación de poeta, a la que había unido su existencia. El influyente teórico literario, crítico y profesor de historia de Suiza Johann Jakob Bodmer, en un principio un importante impulsor del exaltado Klopstock, supo ver la gravedad de la situación: llegó hasta el punto de recordar en una larga carta a la fría prima su deber de «musa terrenal»; debía insuflar al poeta «los más tiernos sentimientos», colmarlo «de grandes ideas», en lugar de «retrasar el avance de la divina poesía». No está claro que esta carta llegara a su destinataria; en cualquier caso, ésta tampoco se mostró entusiasmada después. Unos años más tarde, a instancias de su hermano, contrajo matrimonio con un banquero y propietario de una fábrica apellidado Streiber.

---

Por su parte, Klopstock, aunque de mala gana, abandonó la idea de supeditar la salvación del mundo y la poesía, además de su propia dicha, al amor correspondido de una única chica. El detonante fue la invitación del acaudalado comerciante Heinrich Wilhelm Bachmann para acudir a Magdeburgo. Bachmann, un amante confeso de las ciencias y las artes, tenía una gran propiedad en la isla del río Elba, Großer Werder, con un jardín de ensueño en cuyas casitas también podían vivir los huéspedes. En verano de 1750 se reúne allí un grupito de selectos invitados que, como no tarda en hacerse patente, son sin excepción admiradores de Klopstock y de su poesía. Resulta «sumamente grato —escribe Klopstock a su prima Marie nada más regresar de Magdeburgo— ser a un tiempo mimado y respetado por gentiles lectoras». Claro está que con ello pretendía darle celos, pero también hay algo más.

Klopstock se ve literalmente obligado por los invitados a declamar su *Mesías* «en medio de un círculo de muchachas que a su vez estaban rodeadas a cierta distancia por hombres». Sobre todo el personaje del demonio contrito Abadonna desencadena entre las chicas y las señoras presentes tiernos sentimientos de compasión. Encomiendan al arrepentido a la protección del poeta: que por favor le regale la bienaventuranza. Sack, pastor de la corte, se erige en portavoz del deseo de expiación, pero Klopstock no se deja arrancar ninguna promesa que pueda privarle de su libertad poética. En su lugar continúa su lectura con otro fragmento de *El Mesías* que para todos los presentes refleja de manera reconocible la propia experiencia amorosa no correspondida. Los asistentes sienten que Klopstock ha volcado en los versos que recita toda su pasión y todo su dolor, y muy pronto no pueden



---

contener las lágrimas. Más tarde, uno de los invitados escribe que no sólo no pudieron evitar echarse a llorar, sino que casi se deshicieron en llanto. Y lloran porque los ha conmovido algo inconmensurable en los versos del poeta, algo para lo que no tienen respuesta. La poesía se convierte en el medio de agitación de sentimientos, particularmente los que conmueven hasta lo indecible y lo excelso.

Una de las señoras presentes, la esposa del pastor Sack, posee copias de sus odas aún inéditas. Naturalmente se trata justo de aquellas que hablan de su amor no correspondido. «Se me pedía, todos me pedían, que lo hiciera, que recitara yo mismo en particular dos de ellas», escribe Klopstock, como si accediendo a ese deseo se le fuera a trabar la lengua, y profiere un hondo suspiro: «¿Cómo podría haber aguantado tal cosa?». Al final los recita el poeta Johann Ludwig Gleim, cinco años mayor que él. Mientras, Klopstock se oculta «tras los miriñaques y parasoles» de las damas. El resultado: más lágrimas. Klopstock contempla los ojos humedecidos a su alrededor y es como si viese en ellos los Campos Elíseos del Paraíso. El verdadero sustento del artista no es el aplauso, sino las lágrimas compartidas con que lo obsequian.

Son escenas que difícilmente se habrían dado cien años antes. En torno a 1650, hombres y mujeres de los círculos más selectos comenzaron a reunirse como iguales para recitar y celebrar la literatura. Sucedió en círculos de amantes de las letras, en las grandes ciudades, como por ejemplo el del parisino Hôtel Rambouillet, donde Catherine de Vivonne, la mujer del acaudalado marqués de Rambouillet, creó en sus aposentos privados una especie de exclusiva corte propia. En su día, el abanico de conver-

---

saciones literarias iba de juegos de rimas e improvisaciones a controversias bastante especializadas sobre cuestiones de estilo, pasando por duelos de sonetos. También gozaban de gran popularidad las parodias literarias: los invitados de los salones se metían en el papel del héroe de una novela, como el de la famosa *L'Astrée*, de Honoré d'Urfé, y narraban sus *vivencias*.

Sin embargo, el principal tema de conversación de las reuniones era el amor. Se debatía sobre preguntas como: «¿Es necesaria la belleza para que nazca el amor?», «¿Es compatible el matrimonio con el amor?» o «¿Qué consecuencias tiene la falta de amor?». Pero por aquel entonces ninguno de los presentes habría derramado lágrimas, de la misma manera que tampoco se habrían reunido para asistir a una lectura de poesía al aire libre. Y ello debido a unas convenciones sociales que a pesar de la libertad existente impedían expresar sentimientos y ni siquiera admitían la necesidad de hacerlo. Las obras literarias de las que se hablaba probablemente se tomaran en serio, pero se trataba de la seriedad de un juego de sociedad en el que cada cual tenía un papel determinado, y no de la seriedad de una literatura que debía trascender y cambiar la vida.

Con todo, la escena en los jardines de Magdeburgo enlaza con las que se daban un siglo antes en París, en las que la literatura se considera una manera de socialización, una experiencia colectiva en la que las mujeres, a diferencia de lo que sucede en otros acontecimientos sociales, no ocupan una posición subordinada, sino más bien una directamente activa. En el París del siglo xvii, la sociedad no sólo se reunía en las habitaciones de una mujer, que estaban decoradas con flores naturales y velas aromáticas; el centro de atención a menudo también lo ocupaban las obras literarias escritas por mujeres, como

---

por ejemplo las novelas en clave de Madeleine de Scudéry, que contenían sutiles retratos de los presentes bajo la máscara literaria. En una de sus obras incluyó la «*Carte de Tendre*» —«El mapa de la ternura»—, conocida en Francia hasta nuestros días, en la que intentaba redefinir la sexualidad y el amor desde el punto de vista femenino.

Por el contrario, la lectura de poesía en la isla del Elba casi parece un retroceso en lo tocante a la participación de la mujer: allí resulta evidente que el centro lo ocupa un hombre con su obra. Sin embargo, la mujer desempeña un papel importante en la recepción de la poesía de Klopstock. El periodista y escritor satírico Gottlieb Wilhelm Rabener, al que también llamaban el Swift alemán, decía en 1749: «El *Mesías* del señor Klopstock ha aparecido entre nosotros y no lo conocemos». Los «fariseos, los doctores de la ley y las autoridades del pueblo», continúa Rabener, no creerían en él. Con «fariseos» se refería a los teólogos; con «doctores de la ley», a los científicos y eruditos de antaño; con «las autoridades del pueblo», a la nobleza y la corte. Klopstock empezó a notar el desprecio y el rechazo de esos tres estamentos sociales, que en Alemania constituían la alta sociedad de los leídos e instruidos. El desconocido poeta, según Rabener, sólo era real y objetivamente reconocido y comprendido por un grupo social: las mujeres. Esto, en el tono de la época, significa: «Nuestra mujer venga al escritor de la pedante indiferencia de nuestros muy instruidos hombres y de los absurdos prejuicios de nuestros críticos de profesión». Klopstock componía versos de una manera distinta y se dirigía a un público nuevo: el no leído, las mujeres y los jóvenes, principalmente a la intersección de estos dos grupos: la mujer joven no instruida y aún soltera.

---

Unos días después de su regreso de Magdeburgo, Klopstock emprende un viaje más largo, a Suiza. La invitación es de Bodmer. Klopstock, siempre en apuros económicos, la acepta encantado, pero pide a Bodmer un préstamo de más de trescientos táleros; entre otras cosas, para costearse el viaje. No tardará en poder devolver gran parte de esta cantidad, ya que espera recibir honorarios de la impresión de *El Mesías*. Pero, cuando Klopstock efectúa esta promesa, esos ingresos no son nada seguros. Puede que ello explique la sumisión con la que se presenta ante su futuro anfitrión: «Es menester que mi presencia física apenas se deje sentir en su casa», le escribe a Bodmer, como si pretendiera anticiparse ciento cincuenta años a la humilde discreción de Franz Kafka. Para inmediatamente después, sin embargo, lanzar la pregunta: «¿A qué distancia viven conocidas tuyas con las que, a su juicio, podría trabar alguna amistad?». Y a modo de aclaración añade: «El corazón de la mujer es un amplio, vasto paisaje de la naturaleza cuyos laberintos ha de recorrer con frecuencia un poeta si quiere ser un gran conocedor». Y, por último, misterioso, de hombre a hombre: «Pero no es preciso que las muchachas sepan nada de mi historia; pues de lo contrario podrían, tal vez sin motivo, mostrarse demasiado reservadas».

El conflicto está servido. Se trata, antes de que surja el Sturm und Drang, el movimiento que se opone a la Ilustración, del primer conflicto generacional en la literatura alemana, ejemplar para los muchos que seguirían dicho movimiento. Bodmer espera al morador de una torre de marfil diligente, completamente absorto en su obra, inteligente, y quien llega es un mozalbete sociable, apuesto y dado a bromear para el que poesía significa, sobre todo, experiencia, que no se salta una fiesta y que con su encan-

---

to conquista el corazón de las chicas. No tarda en convertirse en el alma de la alta sociedad de Zúrich. El médico Hans Caspar Hirzel y el comerciante Hartmann Rahn tienen el honor de invitarlo a tomar parte, junto con un círculo mixto de jóvenes y la misma cantidad de damas por lo general solteras, en una «placentera excursión en barca» por el lago de Zúrich. En la austera Zúrich esto es algo extraordinario, que sólo se justifica con la presencia del famoso poeta, con lo cual la excursión adquiere un atractivo adicional. «La anfitriona, la esposa de nuestro doctor, ha sido asignada al héroe de la fiesta, e intentará ofrecerle sus encantos de la manera más variada posible», se informa a Klopstock en la carta que le hacen llegar. El argumento un tanto frívolo de esta medida: la dama debe impedir que Klopstock coquettee con las otras jóvenes. Si madame Hirzel logra atar corto al poeta, «tanto mejor para ella; si no lo consigue, tanto mejor para nuestras muchachas». No cabe la menor duda de que Klopstock acepta la invitación sin vacilar, para gran disgusto de su anfitrión en la ciudad, Bodmer, que ni siquiera va; pero nadie necesita a un aguafiestas como él en un día que tanto promete. La excursión en barca por el lago de Zúrich supone el principio del fin de la amistad entre el teórico literario y el exaltado poeta.

La excursión comienza a las cinco de la mañana y se prolonga hasta las diez de la noche, con la salida y la puesta de sol incluidas, y un desayuno en la finca de los padres de uno de los participantes; el almuerzo, con abundante vino, en un mesón, y una merendola en una península, donde el grupo disfruta de la puesta de sol. Naturalmente, las jóvenes damas y caballeros no reman: para eso están los barqueros, al servicio del bienestar de los invitados. La familiaridad entre los excursionistas va en au-

---

mento; temas serios, como la educación de los hijos, dan paso a las bromas, las canciones y las risas. En lo tocante al programa literario, Klopstock recurre al eficaz plan que ya en la isla del Elba, además de lágrimas, le granjea las miradas enamoradas de las asistentes. Pero esta vez ya no se oculta tras los parasoles y las faldas, sino que, consciente de su propia valía, se erige en centro de tan ilustre grupo. La señora Hirzel, la Dulcinea escogida para el poeta, cuyos «elocuentes» ojos azules éste considera dignos de mención, acomete en el curso de la placentera excursión «Doris», un poema rococó ligeramente picante. Así y todo, Klopstock no tarda en serle «infiel», ya que *mademoiselle* Schinz, una jovencita de diecisiete años, lo ha hechizado con sus incomparables ojos negros. No se aparta de su lado en ningún momento y no para de besarla.

Los apasionados sentimientos de los que se ocupan los versos de Klopstock, unidos a su comportamiento con los excursionistas, suscitan perplejidad en un principio. Pero entonces alguien del grupo rompe el silencio y opina que en ninguna parte ha «visto descrito tan magníficamente el amor platónico». No obstante, con esta «docta observación» se atrae la vehemente réplica del joven poeta, que afirma haber tenido en mente «a decir verdad el más tierno amor», que a su modo de ver era «muy superior» a la amistad platónica. En su *Mesías*, el hombre ama a la mujer «por entero». El doctor Hirzel refiere esta escena en una carta en la que analiza la excursión y deja constancia de la reacción de los presentes a la amplitud de miras erótica de Klopstock: «Nos mostramos en completo acuerdo con él, y Platón no era nuestro hombre. Los más dulces sentimientos despertaron en nosotros y animaron la conversación».

---

También Klopstock, en una carta a su primo, el hermano de la idolatrada prima, hace un resumen de la salida tan sencillo como interesante: «Le puedo decir que hacía mucho tiempo que no me divertía tan incesantemente, tan desafortunadamente sin interrupción como ese hermoso día». Esa alegría de vivir irrefrenable, que persiste más allá del momento, será el tema de la famosa oda de Klopstock «El lago de Zúrich», que nace justo después de realizar la excursión. «Y entonces, entonces, llegaste tú, Alegría. Derramándose plenamente sobre nosotros», dice el poema. Al milagro de Pentecostés, que Klopstock celebra aquí, hoy le daríamos un nombre algo más prosaico, una lectura de poesía, o más prosaico aún, una lectura realizada por el autor. Y es que eso es exactamente lo que Klopstock crea en los días del verano de 1750 que pasa en Magdeburgo y Zúrich. Un lustre un tanto frívolo reviste nuestros ateneos literarios desde esos comienzos despreocupados hasta hoy en día: culto al poeta, veladas que dan motivo a bromas y un ambiente festivo se entremezclan en esta forma de reunión de manera indistinguible. Al igual que antes, el foco de atención es que el autor presta su propia voz a la obra, lo cual no es en modo alguno una exhibición vanidosa ni prostitución por parte del escritor ni veneración o voyerismo por parte de los asistentes. Quien ha visto en persona a un autor y después lee sus textos sabe hasta qué punto el ritmo y el estilo de su habla, su voz inconfundible, se reencuentran en lo que ha escrito. En el mejor de los casos, si el autor sabe recitar, es el mejor lector, el más auténtico, de sus textos, y después, cuando se abandone a la lectura en silencio, quien lo ha escuchado siempre oirá su voz. Como podemos inferir de las descripciones de Klopstock y sus coetáneos, en una lectura de poesía resultaba ade-

---

más característico que las mujeres se encontraran representadas entre el público en una cantidad considerable, eso si no eran mayoría.

En la actualidad, la relación entre el autor y los lectores ya no es tan íntima como hace poco más de doscientos cincuenta años. Aunque hoy en día los ojos de los asistentes también se humedecen a veces, en raras ocasiones se intercambian besos con el autor o autora, al menos durante el acto. En su lugar ha surgido la dedicatoria, a por la que van los asistentes tras la lectura y por la que esperan pacientemente y de uno en uno tras adquirir previamente el libro.

El propio Klopstock impulsó la tendencia a la profesionalización de la lectura de poesía. Motivado por el éxito de sus intervenciones estivales, más tarde institucionalizó en Hamburgo dichas lecturas y fundó una sociedad de lectura. Según sus estatutos, las mujeres eran superiores a los hombres en cuanto a número y capacidad de decisión. Una vez a la semana se celebraba una velada literaria: las damas escogían por turnos el texto, que a continuación era recitado por un actor, en ocasiones por estudiantes de bachillerato iniciados a tal efecto por Klopstock. Y entre tanto el poeta recibía no sólo lágrimas y besos, sino también el dinero de la entrada. Georg Christoph Lichtenberg, que había hablado con alguien que estaba presente, le escribe a Johann Andreas Schernhagen: «Al parecer se vivió algo sumamente etéreo, a excepción del dinero que su Excelencia, K., se embolsa por ello». Aunque Klopstock no escribió ni uno solo de sus poemas para ganarse el pan, gracias a estas y otras medidas, como proyectos de suscripción, logró ganar diez mil táleros, a fin de cuentas una quinta parte de sus ingresos en vida.

El éxito que Klopstock cosechó con sus lecturas tam-



---

bién inspiró a otros ideas comerciales productivas. En 1774, el organista y periodista Christian Friedrich Daniel Schubart, un crítico feroz del estilo de vida de la nobleza y el clero, empezó a declamar en público *El Mesías* cobrando una entrada de veinticuatro cruzados por persona. La afluencia no tardó en ser tal que tuvo que cambiar su cuarto de estar por un lugar público, donde el número de seguidores ascendió rápidamente a varios cientos, con lo cual se embolsaba de cincuenta a sesenta táleros por lectura. «De ese modo pude hacer mucho bien a mis hijos y beber más de un vaso de vino a su salud», informaba al verdadero causante de su nueva prosperidad. Pero también se beneficiaron impresores, legales y no autorizados, ya que las lecturas impulsaron debidamente las ventas de Evangelios. Sin embargo, también hace bastante bien su trabajo, según fanfarronea Schubart frente a Klopstock: «¡Klopstock! ¡Klopstock!, pronunciaban todas las bocas cuando concluía una lectura». Al poeta le habría gustado leer que ni siquiera el mejor declamador tenía nada que hacer frente al vínculo emocional que los asistentes establecían con él, el autor.

Al contemplar el retrato que el pintor suizo Johann Caspar Füssli realizó de Klopstock durante la estancia de éste en Zúrich, quien nos mira es un joven desafiante, que parece totalmente consciente del efecto que provoca su persona. No hace mucho ha recibido la noticia de que el monarca danés le concede una pensión para que pueda avanzar y finalizar tranquilamente su *Mesías*. Pero la condición para que se realice el pago es que se quede en Copenhague, ciudad que a él, en particular desde su estancia en Zúrich, se le antoja demasiado cercana al Polo Norte, un lugar donde, como es sabido, a las musas no les gusta

---

establecerse. De manera que sus ganas de viajar se contienen; incluso corre el rumor de que se ha hecho comerciante en Suiza y desea casarse allí. Eso al menos le cuenta su compañero de estudios de Leipzig, Nikolaus Dietrich Giseke, a su amiga de la infancia Margareta Moller, Meta, la hija de veintitrés años de un comerciante de Hamburgo, cuando ésta le pregunta por Klopstock. La chica ha descubierto *El Mesías* en el cuarto de baño, literalmente, donde también ha empezado a leerlo. Una amiga ha hecho papillotes para rizarse el pelo con las páginas de la *Neue Beyträge zum Vergnügen des Verstandes und Witzes* en las que aparecen los versos de Klopstock. La leída e instruida Meta, que habla a la perfección francés, inglés, italiano e incluso latín, pega las tiras y se entusiasma con su lectura de inmediato. «¿Hay más de esta poesía divina? Y ¿quién es su autor?» Seis semanas después, Giseke le proporciona información más precisa: «Klopstock se dirige a Copenhague, pasará por Hamburgo, no es comerciante, debería verlo usted».

Giseke, que en ese momento es preceptor en Braunschweig, se reúne allí con su íntimo amigo Klopstock, que está de paso. «Escucha, Klopstock, debes visitar a una muchacha en Hamburgo, se apellida Moller.» El poeta, muy en contra de lo que acostumbra, responde: «No voy a Hamburgo a ver muchachas, al único que quiero ver es al poeta Hagedorn». «Vamos, Klopstock, tienes que verla, es muy distinta de las demás, lee *El Mesías* embelesada, te conoce y te está esperando.» Le describe a Meta, sus grandes ojos claros, críticos, su franqueza y su independencia. Klopstock se lo piensa, y Giseke insiste: «Pero no te enamores de ella, está prometida». Ahora se lo ha ganado: «Dame su dirección».

Nada más llegar a Hamburgo manda recado a Meta Moller. Quiere saber cuándo podría pasarse el señor

---

Klopstock a presentarle sus respetos. En ese momento, Meta está haciendo la colada con su hermana. Aun así su respuesta llega sin titubeos: «El señor Klopstock puede, debe, venir ya, ya, ya mismo». La hermana está espantada: «Piénsatelo bien, ¿dónde pretendes recibirlo? La única habitación caldeada es ésta, y está llena de ropa». Decidida, Meta recoge aprisa toda la ropa y tres minutos más tarde el cuarto está despejado.

Y poco después llega Klopstock. Entretanto, la hermana se sienta en la fría habitación contigua, pensando que la visita no durará mucho. Sin embargo, se ve obligada a pasarse dos horas enteras congelada. Al cabo de una hora, Meta entra a coger un libro. «Y bien, ¿qué te parece?» «Bueno, es un muchacho raro, raro, lo he invitado a venir mañana a mediodía, ve luego a ver a Hagedorn y a nuestros mejores amigos para pedirles que acudan.»

Según otra versión de la historia, Klopstock sorprende a Meta con el anuncio de su visita cuando ella aún no está vestida. Se recoge deprisa y corriendo el pelo, se pone una bata y cubre su desnudez provisionalmente con un mantón. Confía en que el autor de *El Mesías* no se fije demasiado en las apariencias, pero se sorprende al verlo. Y eso que no comparte en modo alguno el prejuicio de que un poeta serio ha de ser triste y hosco, ir mal vestido y no tener modales. Pero que el autor de *El Mesías* sea un joven tan apuesto supera su capacidad de imaginación.

Al día siguiente, Klopstock sólo tiene ojos para Meta. A él, que al parecer ha acudido a Hamburgo sólo para ver a Friedrich von Hagedorn, dieciséis años mayor y muy respetado, lo sientan junto a éste, pero le pide en el acto a Meta que se acomode a su otro lado. A partir de ese instante, los presentes tienen la sensación de que Klopstock ni siquiera se encuentra allí, tan absorto está conversando

---

con la joven. Los demás no saben qué pensar de semejante comportamiento. El prometido de Meta, que también ha sido invitado, abandona la reunión durante la comida.

Después ambos se acercan a la ventana. Klopstock le pregunta a la muchacha si conoce su elegía «Sólo a ti, amante corazón». Aunque sí la conoce, por miedo de que esos conocimientos no sean suficientes, Meta responde que no. Un buen motivo para retirarse a la habitación contigua. Meta comienza a recitar el poema, pero las lágrimas le impiden continuar. Klopstock toma el relevo, y de paso su mano. Sólo lee una parte de *El Mesías*. Luego se une a ellos la hermana de Meta, y Klopstock pregunta si no se ha ganado un beso. La hermana lo aprueba; Meta, una joven sumamente pudorosa, rehúsa: ella no besa a ningún hombre. En lugar de dejarlo estar, Klopstock, muy al modo intelectual, empieza a refutar su respuesta. Meta piensa: «Entonces, ¿por qué no me besa este mentecato? Está claro que yo no le puedo dar ese beso».

Aunque tiene una cita en otra parte, Klopstock se queda hasta las nueve de la noche. Finalmente le pregunta a Meta si se imaginaría yendo a verlo algún día a Copenhague, a lo que ella replica: «Naturalmente». Y él aduce: «Claro que pasaría usted mucho frío». «Probablemente no si tuviese a mi lado su fuego», responde ella entre risas. «Quia, bastante fuego tiene usted», asegura él. Y la besa. En el barco a Copenhague le escribe la primera carta. La hermana de la chica, a la que ésta se la muestra, opina: «Es una declaración de amor». Meta, que conoce la historia de la prima, abriga sus dudas, pero antes de que pueda responder a Klopstock llegan dos cartas más, «no tan místicas, sino serenas y claras», a juicio de su hermana. La siguiente vez que Klopstock visita Hamburgo se celebra el compromiso, en contra de la voluntad del pa-

---

drastro de Meta, y dos años después, la boda. Pero, en 1758, Meta Klopstock muere tras dar a luz.

¿Cómo es que tenemos conocimiento de todos estos detalles íntimos, las conversaciones, las lecturas, los besos? Constan en las cartas que en su día se escribían los jóvenes, y que pasaban de mano en mano y se leían en círculos reducidos. En ellas hablaban con gran franqueza de sus vivencias y deseos, también en cuestiones amorosas. Es posible que algunas cosas se hayan estilizado; en algunos pormenores, las exposiciones se contradicen, en otros, se completan. Con todo, sí reproducen fielmente el ambiente relajado, inclinado al flirteo y la frivolidad. En esos nuevos círculos, entablar relaciones estaba íntimamente unido a las lecturas literarias conjuntas y al intercambio que surge al respecto. Se trataba menos de si se podía aprender algo de la literatura, y en qué medida, y si servía para la vida, que de vivir y celebrar el momento: la lectura hacía que el tiempo se olvidara, los sentimientos fluyeran y los cuerpos se encontraran. En suma, leer era un medio para desatar emociones. Pero también la mejor manera de que las mujeres participaran en esa vida en comunidad natural que acababa de nacer y desempeñaran en ella un papel que fuera más allá de la apariencia y las vistas al matrimonio. Las veladas literarias dotaron de voz y estatus social a las mujeres. Y éste no dependía del todo, aunque sí en gran medida, de su origen, de la pertenencia a una clase social determinada y de una formación académica por regla general inaccesible a las mujeres. Leer proporcionaba cierta independencia y abría nuevas vías para disfrutar la vida.



*La puerta se abre... y en la habitación entra el seductor. Ha puesto la mira en la inocente muchacha que está sentada a la mesa, escribiendo una carta a sus padres. Ésta es la primera escena de Pamela, la novela del siglo, de Samuel Richardson, publicada en 1740. Por aquel entonces, una novela era algo sacado de la vida y, por la vía indirecta de la lectura, a su vez para la vida. Ningún otro género literario llegaba de manera tan directa al ámbito privado de la lectora, ningún otro le proporcionaba una perspectiva tan profunda de las emociones, los sentimientos y los pensamientos secretos de las heroínas y los héroes.*